

LOAS DE FRUTAS

Antonio Oliver Belmás

LA AZUFAIFA

La azufaifa es cual oliva
grande, pulida, con brillo.
Si su piel es encarnada,
su interior es amarillo.

Yo la quiero porque alegra
al pequeñín, al chiquillo,
que la guarda, la atesora,
en la mano, en el bolsillo.

¡Azufaifas, azufaifas,
jínjoles para el cestillo
de septiembre, cuando el sol
se dora como un membrillo!

EL HIGO

(A MODO DE ADIVINANZA)

Logra pan, aunque no es trigo.
Muestra pezón, y no es seno.
Y si a veces es verdal,
otras muchas es moreno.

Viste pámpano y no es uva;
derrama leche y no es cabra.
Y si no existe en Noruega,
abunda en Lorca y en Adra.

Tiene madre paridera;
en bulto de pera,
hermana.
Y es encanto
comerlo muy de mañana.
En el verano es frescor;
en el invierno, calor.

Sin ser caña, suma azúcar;
luce pellejo y no es vieja;
crece miel y no es abeja.

Adivínelo el amigo,
a buen juez, mejor testigo.

LA CIRUELA

Eres breve, graciosa.
Llevas goma, resina.
Eres dulce, melosa,
más que azúcar y harina.

En mujer no hay hermosa
como tú, femenina.
Ni siquiera la rosa
te supera, declina.

Yo te juro, golosa,
que tu amor me fascina;
que te siento mi esposa
suave, tierna, menina.

LA SERBA

Pequeña es la serba;
de chica figura.
Mas quien la conserva
no lleva amargura.
La cogí en la rama
sin estar madura;
pero le di cama
en la alcoba oscura,
y ahora me derrama
toda su dulzura.
Pequeña es la serba,
mas quien la conserva
se quita amargura.

La alcé de la hierba:
¡aún era en verdura!
Perdí compostura,
tornándome huraño;
reparé el engaño
al guardarla en cura.

Pequeña es la serba,
mas quien la conserva
no tiene amargura.

EL PLÁTANO

Aquí, en el suelo de España,
fulgente de luz solar,
he visto -mediterránea-
la gloria de un platanal.
Sobre la zona templada

bella errata tropical,
del libro que Andalucía
abre por su litoral.
Leyendo en las anchas hojas
que son banderas de paz,
viendo racimos de Antillas
que se equivocan de mar,
dije, gritando mi asombro:
-Y los negros, ¿dónde están?

Por el platanal maduro
erraba un son musical.
Son caliente, son del Congo,
son de rumba y de tam-tam;
son desnudo, son cubano,
ardoroso son sensual.
Ante el relieve melódico
de este acento vegetal,
oyendo tan cerca un ritmo
de distante oscuridad,
grité, diciendo mi asombro:
-Y los negros, ¿dónde están?

La brisa, sobre las aguas
radiantes de yodo y sal,
con los cabellos alisios,
era mulata y carnal.
Y al ver rizarse las rutas,
las nubes y el litoral;
al ver anillado el cielo
y ensortijada la mar,
dije, gritando mi asombro:
-Y los negros, ¿dónde están?

DE LAS MORAS DE MURCIA

Si febrero es aquí mayo
y el otoño primavera,
no son moras de Antequera
las moras de mi serrallo.

Si más que señor, vasallo
soy de su encanto islamita,
no acuden a la mezquita
las moras de mi serrallo.

Si aunque al alba cante el gallo
la noche es un puro día,
no son moras de Bujía
las moras de mi serrallo.

Si esta no es tierra de orvallo,
sino de luz de dirhem,
no tendrán mejor harén
las moras de mi serrallo.

Si tan a mano las hallo,
nadie las busque en Tetuán,
que no acatan al sultán
las moras de mi serrallo.

Las moras que nombro y callo
son dulces, codiciaderas...
¡Las moras de mi serrallo
son moras de la moreras!

DEL LIMÓN Y LA LIMA

Amarilla es la sazón;
ya no está lejano el oro,
que tenemos el tesoro
de la lima y el limón.

¡Qué metales olorosos!
¡Cuánta riqueza de estima!
¡Qué destellos fabulosos
los del limón y la lima!

No trabajen más los picos
en minera explotación.
Hasta los pobres son ricos
con la lima y el limón.

Aquí el Perú y el Darién;
es bastante en este clima
con que la luz caiga bien
sobre el limón y la lima.

Porque lo callen las flores
guardarlo yo no es razón.
¡Qué dorados los amores
de la lima y el limón!

Si agrio él, pero garrido,
cómo ella, dulce, lo mima.
¡Qué mujer y qué marido
son el limón y la lima!

Grande él, ella pequeña,
hacen clara habitación.
La mañana es más risueña
por la lima y el limón.

¡Qué esplendores milenarios
si el uno al otro se arrima!
Mis ojos son millonarios
con el limón y la lima.

No quiero los ultramares;
le sobra a mi corazón
sentir los bultos solares
de la lima y el limón.

LA CEREZA

Te enciendes, arrebatas,
como una adolescencia.
En ti mueves las hojas
del árbol; pasa -clara- la acequia.
Condensados, se admiran
el aire, el sol, la tierra.
Joven alegre amiga:
Junio te trae en su cesta.
Sobre manteles blancos
pone tu roja ofrenda.
Tímida, casta fruta,
¡oh, virginal cereza!
A tu amorosa instancia,
mi corazón florezca.

LA ALMENDRA

La que en marzo es tierna flor
será en el verano moza;
mas no es morena la alloza
porque crezca en el calor.

Es perla en concha; candor
que al madurar se remoza.
¡Venus sobre la carroza
que baja por el alcor!

¡La almendra! ¿Qué otra doncella
hay más hermosa que ella?
¿Quién hace a la aurora cruda?

Nada en el hombre se acendra
hasta que ha visto una almendra
blanca, fragante, desnuda.

EL DÁTIL

¡Cómo brilla su ocre puro
al atardecer de almagre!
Si cuando verde está duro
en el sol y en el vinagre se ablanda y torna maduro.

Él preside los destinos
de diferentes hermanos.
Libres, esclavos, beduinos
lo acarician en sus manos.

El dátíl es un doncel
señor de una esbelta torre;
quien la escala llega a él
y en las luces se socorre
del ardiente capitel.

¡Qué clara su epifanía
en el cielo de Levante!
Dátíl, antorcha del día,
sobre el azul de Alicante.

Aún me place su manera
más que la de la aceituna.
Y es justo que yo prefiera
en noches de media luna
el dátíl de la palmera.

LA UVA

¡Qué maravilla es el limo!
¡Qué eterna su aristocracia!
Él solo tiene la gracia
de sustentar el racimo.

El racimo de la uva
pleno de euritmia y cadencia.
Como sexo de inocencia
bajo el pámpano se incuba.

Todo el amargor humano
es en las uvas dulzor.
Poned, poned vuestro amor
en gustarlas grano a grano.

Vivir, como yo lo rimo,
no es la borrachera loca.
Vivir es dar a la boca
la delicia del racimo.

EL ALBARICOQUE

El cerebro me devano,
pues no es asunto sencillo
que haya un hijo del verano
que cuando más amarillo
resulta que está más sano.

Ésta sí que es excepción;
y aunque indago sus razones
no encuentro la solución.
No alcanza satisfacciones
aquí la meditación.

Por eso al que piensa advierto
que desoiga la teoría.
Para topar con lo cierto
y hallar a un problema vía
lo mejor es ir al huerto.

Si mi ignorancia es supina
en mi actitud no hay doblez.
Acato la ley divina
y elogio una amarillez
burla de la Medicina.

No seré yo quien convoque
a los sabios ante el caso
ni entre sus dudas me enroque;
en el huerto, al cielo raso,
comeré el albaricoque.

LA NARANJA

¡Qué gozo da, naranja,
tenerte entre las manos!
¡Qué gozo tu volumen
que sideral, alcanzo,
como quien de la noche
llega a coger un astro!

Si constelas
el árbol,
sobre la mesa pones
los resplandores áureos
que apartan la tiniebla,
el duelo y el quebranto.
Naranja, mundo en ciernes,
dulce globo terráqueo,
dicha redonda
al tacto.

Te miro, con delicia;
con arrobó, te palpo;
más que fruta, eres hembra
cuando apuro tus gajos.
En el balcón tu cáscara
es un rizo dorado,
tirabuzón de bella,
chorro de luz,
escándalo.
Gloriada sea la tierra
que te encendió en su parto
para que perfumasés
la vida, el ser, el ámbito.

LA MANZANA

En ti no está la serpiente
lozana ni el Paraíso;
tan sólo el ser Providente
que te fiço.

No hay Eva desobediente
ni Adán frágil, insumiso;
tan sólo el Omnipotente
que te fiço.

Está el pomar sonriente;
tu bulto, tu luz, tu viso.
En ti se halla el Excelente
que te fiço.

¡Oh, mejilla para el diente,
manzana de amable guiso;
ruega por nos al Clemente
que te fiço!

EL MELOCOTÓN

Dicen que el melocotón
tiene presencia de mozo.
Si toda su cara es bozo
ya no es mozo, que es varón.

Envuelve su cargazón
un penetrante perfume.
En él las gracias resume
de su diversa lección.

Vive, como fanfarrón,
pagado de sus colores

porque las aves menores
envidian su condición.

Gran Donjuan, es perdición
de señoras muy formales,
las que en momentos fatales
le entregan el corazón.

Y también, sin intención
de baja maledicencia,
sé que hay hombres de experiencia
que sueñan con tal garzón.

Rendimos, en conclusión,
es su evidente destino.
¿Quién, ante un vaso de vino,
no adora el melocotón?

LA BREVA

¡Oh, rayada, rayada,
fruta acuosa, cisterna!
Defendida de avispas,
mariposas, abejas,
tentadora te ofreces
bajo sombras violetas.
Si la caña o la mano
te consiguen, te apresan,
si me apartan, evaden,
huevo, pan y manteca;
me sostengo, me nutro,
de tu bíblica esencia,
de tu azúcar sabroso
más que anís y que almendra.
Por el cauce, la rambla,
junto al pozo, la aceña,
Dios te siga creciendo
entre pámpanos, ebria.
Sobre Julios futuros
ya verdal o ya negra,
se derraman tus gracias
milenarias, eternas.

LA GRANADA

La granada, sangrante cuando flor,
cuando la acrece el tiempo y la madura
en sus entrañas cambia la color.

Si la mano levanta su envoltura

amenaza guerrero, rompedor,
este fruto de bélica figura.

Mas si, por fin, se parte, sólo amor
nos brinda luminoso en la apretura
de sus dientes, su jugo, su dulzor.

EL HIGO CHUMBO

No existe otro defensor
más bravo, de la dulzura
guardada, oculta, interior;
ni más arisca envoltura
cobijando un resplandor.
Éste es fruto de frescor,
aunque lleve calentura
en la luz, en el color,
regalo, delicia pura
en labios del catador.

LA SANDÍA

Más que en misa, en el mercado
se la ve muy de mañana.
Sin mantilla, sin criado,

tan redonda, tan ufana.
Cuando paso por su lado
le digo: «Por Dios, sultana,

el verano me ha quemado
y me seco sin fontana.»
Ella se ofrece de grado.

LA PERA

Es amarilla por fuera;
por dentro, blanca, carnosa;
aunque con rabo la pera
no es garduña ni raposa.

Alumbra el orbe, la esfera,
con luz potente, radiosa;
vesperal o mañanera,
siempre es clara, esplendorosa.

Albergando gusanera
esta hembra es engañosa;
pero sana, la primera

por dulce, por amorosa.